

máquina destruida no le destruía á él. Le quedaba la panza para salvarse.

Pero aguardar que la panza hubiese salido del fondeadero donde era inaccesible, dejarla penetrar en el desfiladero de los Douvres, abstenerse de toda hostilidad hasta verla también cogida por el escollo, permitir á Gilliatt llevar á cabo el salvamento, el arrastre y trasborde de la máquina, no oponerse á este maravilloso trabajo que todo lo trasladaba á la panza, consentir en el éxito, hé aquí el lazo. Bien se dejaba entrever, como una especie de lineamiento siniestro, la sombría perfidia del abismo.

A aquella hora, la máquina, la panza, Gilliatt, estaban reunidos en el desfiladero de peñascos. No formaban juntos mas que uno solo.

Estrellar la panza contra el escollo, echar á pique la máquina, ahogar á Gilliatt, era cuestion de un esfuerzo único sobre un solo punto.

Todo podia concluir á la vez, al mismo tiempo y sin dispersion; todo podia aplastarse de un solo golpe.

Ninguna situacion mas crítica que la de Gilliatt.

La esfinge posible, sospechada por los visionarios en el fondo de la sombra, parecia presentarle un dilema.

Quédate, ó véte.

Irse era una insensatez, quedarse era espantoso.

VI.

EL COMBATE.

Gilliatt subió á la Douvre mayor.

Desde allí veía todo el mar.

El Oeste era sorprendente. Salía de él una muralla.

Una gran muralla de nube, cerrando la estension de un extremo á otro, subía lentamente del horizonte hácia el cenit.

Aquella muralla, rectilínea, vertical, sin una grieta en su altura, sin un rasguño en parte alguna, parecia construida con escuadra y tirada á cordel. Era una nube que parecia de granito.

Su escarpe, perfectamente vertical, á la estremi-

dad Sur, se doblaba un poco hácia el Norte como una plancha de hierro combada, y ofrecia el vago deslizamiento de un plano inclinado. Aquel muro de bruma se ensanchaba y crecía sin que su entablamento ó cornisamento dejase un solo instante de ser paralelo á la línea de horizonte casi indistinta en la oscuridad progresiva.

Aquella muralla del aire, toda de una sola pieza, subía silenciosamente.

Ni una ondulación, ni un pliegue, ni una prominencia que la desfigurasen ó desconcertasen. Aquella inmovilidad en movimiento era lúgubre.

El sol, pálido detrás de no sé qué transparencia morbosa, iluminaba aquel lineamento apocalíptico. La nube invadía ya casi la mitad del espacio.

Aquello era algo parecido á la salida de una montaña de sombra entre la tierra y el cielo.

Era la ascension de la noche en pleno día.

Hacia en el aire un calor de estufa. Una humedad tibia se desprendía de aquella mole misteriosa. El cielo, que de azul habia pasado á blanco, de blanco habia pasado á pardo. Parecía una gran pizarra. El mar, debajo, empañado y plomizo, era otra pizarra enorme.

Ni un soplo, ni una ola, ni un ruido.

El mar desierto, en cuanto alcanzaba la vista. Ninguna vela por ningun lado. Las aves marítimas se habian escondido. Se sentía la traicion en el infinito.

El engruesamiento de toda aquella sombra se amplificaba insensiblemente.

La movediza montaña de vapores que se dirigía hácia los Douvres era una de aquellas nubes que se podrian llamar nubes de combate. Nubes ambiguas y vizcas.

Por en medio de aquellos hacinamientos oscuros mira no sé qué estrabismo (1).

Aquella aproximacion era terrible.

Gilliatt examinó detenidamente la nube y dijo entre dientes: Tengo sed, tú me darás agua.

Permaneció algunos momentos inmóvil con la mirada clavada en la nube. Hubiérase dicho que media la tempestad.

Tenia su gorra en el bolsillo del chaqueton; la sacó y se la puso en la cabeza. Cogió del agujero, que por tanto tiempo habia sido su vivienda, su reserva de utensilios; se puso las polainas y se echó á la espalda el capote como un caballero que se arma en el momento de la accion.

Ya se sabe que no tenia zapatos, pero las rocas habian curtido y encallecido sus pies desnudos.

Puesto su traje de guerra, examinó su quebrantolas, empuñó resueltamente la cuerda de nudos, bajó de la meseta de la Douvre, se puso de pies en las rocas de abajo, y corrió á su almacen. Algunos instantes despues estaba trabajando.

La vasta nube muda pudo oír sus martillazos. ¿Qué hacia Gilliatt? Con los clavos, cuerdas y tablones que le quedaban construía en la boca del Este un segundo dique, de 10 ó 12 pies, detrás del primero.

(1) Vista defectuosa de los vizcos.

El silencio seguía siendo profundo. Ni siquiera se movían los tallos de yerba de las rendijas del escollo.

El sol desapareció de repente. Gilliatt levantó la cabeza.

La nube ascendente acababa de alcanzar el sol. Aquello fue como una extinción del día, reemplazado por una reverberación dudosa y pálida.

La muralla de nube había variado de aspecto. No tenía ya su unidad. Se había fruncido horizontalmente al llegar al cenit desde donde pesaba sobre el resto del cielo. Tenía picos.

La formación de la tempestad se dibujaba en ella como en una sección de trinchera. Se distinguían las capas de la lluvia y los depósitos del granizo. No había en ella relámpagos, sino un horrible resplandor difuso, pues bien puede la idea de horror asociarse á la idea de luz.

Se oía la vaga respiración de la tempestad. Aquel silencio palpitaba oscuramente.

Gilliatt, silencioso también, veía cómo se agrupaban encima de su cabeza todas aquellas moles de bruma y cómo se componía la deformidad de las nubes.

Pesaba y se extendía en el horizonte una faja de niebla de color de ceniza, y en el cenit una faja de color de plomo; lívidos harapos colgaban de las nubes de arriba sobre las nieblas de abajo. Todo el fondo, que constituía el muro de nubes, era descolorido, lechoso, térreo, triste, indescriptible.

Una delgada nube blanquecina transversal, llegada no

se sabe de dónde, cortaba oblicuamente, del Norte al Sur, la alta muralla sombría. Una de las estremidades de la nube se arrastraba por el mar. En el punto en que tocaba la confusión de las olas, se percibía en la oscuridad una bocanada de vapor rojizo.

Debajo de la larga nube pálida, nubecillas muy bajas y muy negras volaban en sentido inverso unas de otras como si no supiesen qué hacer. La poderosa nube del fondo crecía á la vez en todas partes, aumentaba el eclipse, y continuaba su interposición lúgubre.

Hacia el Este, detrás de Gilliatt, no había más que un pórtico de cielo claro que iba á cerrarse. Sin que se sintiese la impresión de ningún viento, una extraña difusión de plumazón cenicienta pasó, desparramada y desmenuzada, como si alguna ave gigantesca acabase de ser desplumada detrás de aquel muro de tinieblas. Se había formado un techo negro compacto que, en el extremo horizonte, llegaba al mar y se mezclaba allí con la noche. Se sentía algo que avanzaba, algo vasto y pesado y feroz. La oscuridad se condensaba. De repente estalló un inmenso trueno.

El mismo Gilliatt sintió el sacudimiento. Hay algo de sueño en el trueno. Aquella realidad brutal en la región visionaria tiene algo que aterroriza.

Parece que se oye la caída de un mueble en la cámara de los gigantes.

No acompañó al estruendo ningún resplandor eléctrico. Fue como un trueno negro. Se restableció el silencio.

Hubo una especie de intervalo como cuando se toma posición.

Después, aparecieron uno tras otro y lentamente grandes relámpagos informes. Eran relámpagos mudos.

A cada uno de ellos se iluminaba todo.

El muro de nubes era ya otro. Había bóvedas y arcos. Se distinguían en él siluetas. Se esbozaban cabezas monstruosas; parecía que se tendían cuellos; elefantes cargados con sus torres se entreveían y se desvanecían.

Una columna de bruma, recta, redonda y negra, coronada de un vapor blanco, remedaba la chimenea de un vapor colosal engullido que calentaba su caldera bajo el agua y echaba humo. Ondeaban sábanas de nube. Se veían al parecer banderas desplegadas.

En el centro, bajo rojizas densidades, se hundía inmóvil un núcleo de niebla densa, inerte, impenetrable á las chispas eléctricas, especie de feto asqueroso en el vientre de la tempestad.

Gilliatt sintió de repente que una bocanada de aire le desgredaba. Unas cuantas gotas de agua se aplastaron en la roca en torno suyo.

Después se oyó un segundo trueno. Se levantó viento.

La sombra había concluido sus preliminares. El primer trueno había removido el mar, el segundo hendió la muralla de arriba á abajo; se hizo un agujero por el cual salió toda el agua en suspensión, la grieta se convirtió en una boca llena de lluvia, y empezó el vómito de la tempestad.

El instante fue espantoso.

Aguacero, huracan, relámpagos, rayos, olas hasta las nubes, espuma, truenos, torsiones frenéticas, gritos, ronquidos, silbidos, todo á un mismo tiempo. Desencadenamiento de monstruos.

El viento soplaba fulminante. La lluvia no caía, se desplomaba.

Para un pobre hombre, comprometido, como Gilliatt, con una barca cargada, en un desfiladero de rocas en alta mar, no podía haber crisis mas amenazadora.

El peligro de la marea, de que Gilliatt había triunfado, era muy poca cosa comparado con el peligro de la tempestad. Hé aquí cuál era la situación:

Gilliatt, á cuyo rededor todo era precipicio, en el último minuto y delante del peligro supremo descubría una hábil estrategia.

Había tomado su punto de apoyo en el enemigo mismo; se había asociado el escollo; el peñasco Douvres, antes su adversario, era su segundo en aquel inmenso duelo. Gilliatt lo había colocado á sus órdenes. De aquel sepulcro Gilliatt había hecho su fortaleza. Se había almenado en aquella formidable mole del mar.

Allí estaba bloqueado, pero murado. Se hallaba, si así puede decirse, recostado en el escollo, frente á frente del huracan. Había barreado el estrecho, aquella calle de olas. Era lo único que podía hacer. Parece que también se puede hacer entrar en razón al Océano, que es un déspota, por medio de barricadas.

La panza por tres lados podia considerarse como segura. Estrechamente encerrada entre las dos fachadas interiores del escollo, anclada en pata de ganso, se hallaba al Norte abrigada por la Douvre menor, al Sur por la mayor. ¡tajos salvajes, mas acostumbrados á causar naufragios que á impedirlos!

Al Oeste se hallaba protegida por la trabazon de tablones amarrada y clavada á las rocas, barrera esperimentada que habia resistido victoriosamente el rudo flujo de la alta marea, verdadera puerta de ciudadela que tenia por jambas y dintel las mismas columnas del escollo, los dos Douvres. Nada habia que temer por aquel lado.

Todo el peligro estaba por la parte del Este.

Por la parte del Este no habia mas que el quebranta-olas. Un quebranta-olas es un aparato de pulverizacion. Debe por lo menos estar compuesto de dos bovedillas, y Gilliatt habia solo tenido tiempo para construir una.

Se ocupaba en construir la segunda teniendo ya encima la tempestad.

Afortunadamente el viento llegaba del Noroeste. El mar comete torpezas. El Noroeste, que es el antiguo galerno, produce poco efecto en las rocas Douvres.

Asaltaba el escollo de través, y no arrojaba las olas ni contra la una, ni contra la otra de las dos bocas del desfiladero, de suerte que, en lugar de entrar en una calle, se estrellaba contra un muro. La tempestad habia atacado mal.

Pero los ataques del viento son torcidos, y era de te-

mer alguna virada súbita. Si esta virada se hacia por el lado del Este antes que se hubiera construido la segunda bovedilla del quebranta-olas, el peligro era grande.

La invasion de la calleja de rocas por la tempestad se verificaria, y estaba todo perdido.

El atolondramiento de la tempestad iba creciendo. Toda tempestad es un golpe tras otro, y esta es su fuerza, y tambien es su falta. A fuerza de ser una rabia, permite á la inteligencia armarse contra ella, y el hombre se defiende, pero ¡con cuántas dificultades!

Nada es mas monstruoso.

Nada de descanso, nada de interrupcion, nada de tregua, ni un solo instante para tomar aliento. Hay no sé qué cobardía en esa prodigalidad de lo inagotable, en que parece verse el pulmon de lo infinito que sopla.

Toda la inmensidad en tumulto se arrojaba contra el escollo Douvres. Se oian innumerables voces. ¿Quién gritaba? Allí estaba el antiguo terror pánico.

Habia momentos en que parecia que la tempestad hablaba como si diese alguna voz de mando. Y luego clamores, clarines, trepidaciones estrañas y el gran rugido magestuoso que los marinos llaman *reto del Océano*.

Las espirales indefinidas y fugitivas del viento silbaban encrespando las olas, y éstas convertidas en discos eran arrojadas contra las rompientes como gigantescos guijarros por atletas invisibles. La enorme espuma coronaba todas las rocas. Torrentes arriba, babas abajo. Despues redoblábanse los mugidos.

Ningun rumor humano ó bestial podria dar idea de los estruendos mezclados con aquellas dislocaciones del mar.

La nube cañoneaba, el granito ametrallaba, la ola escalaba. Ciertos puntos parecian inmóviles; en otros el viento corria veinte toesas por segundo. El mar, á cuanto alcanzaba la vista, estaba blanco; diez leguas de agua de jabon llenaban el horizonte.

Se abrian puertas de fuego. Algunas nubes parecian incendiadas por las otras, y sobre aquel cúmulo de ascuas algunos nubarrones negros tenian todas las apariencias de una humareda. Configuraciones flotantes chocaban entre sí y se amalgamaban desfigurándose recíprocamente.

Caia una agua incomensurable. Se oia fuego por compañías en el firmamento. En el centro de la bóveda sombría habia una especie de banasta de que caian en mezclanza el sifon, el granizo, los chubascos, los fuegos fosfóricos, la noche, la luz, los rayos. ¡Tan formidables son las inclinaciones del abismo!

En nada de eso parecia fijar Gilliatt la atencion. Tenia inclinada la cabeza sobre su trabajo.

Empezaba á levantar la segunda bovedilla. A cada trueno contestaba con un martillazo, y esta cadencia resonaba en el caos. Tenia la cabeza descubierta. Una ráfaga le habia arrebatado su gorra de marinero.

La sed le acosaba. Tenia probablemente calentura. En torno suyo en los agujeros de las rocas se habian formado algunos charcos, cuya agua cogia él de cuando en cuando en el hueco de la mano y la bebia.

Despues, sin examinar siquiera el estado de la tempestad, volvía á su faena.

Todo podia depender de un instante. Sabia lo que le esperaba si no concluía á tiempo su quebranta-olas. ¿A qué perder un minuto en mirar cómo se acerca el semblante de la muerte?

El trastorno era inmenso en torno suyo. Habia mucho estrépito y movimiento.

De cuando en cuando parecia que el rayo bajaba por una escalera. Los sacudimientos eléctricos volvian sin cesar á los mismos puntos del escollo, dotados probablemente de alguna atraccion metálica.

Habia piedras de granizo del tamaño del puño. Gilliatt tuvo que sacudir los pliegues de su chaqueton, cuyos bolsillos estaban llenos de pedriscos.

La tormenta venia del Oeste, y azotaba la barrera de los Douvres; pero Gilliatt, con razon, tenia en esta barrera la mayor confianza. Formada de un gran trozo de proa de la Duranda, recibia con rigidez el choque de las olas; la elasticidad es una resistencia; los cálculos de Stevenson establecen que contra el oleaje, elástico él tambien, una armadura de madera, de una dimension dada, trabada y encadenada de cierta manera, es un obstáculo mas poderoso que un break-water de cal y canto. La barrera de los Douvres llenaba todas las condiciones; estaba además tan ingeniosamente amarrada, que el agua, golpeándola por encima, era como el martillo que ahonda el clavo; la apoyaba mas y mas en la roca y la conso-

lidaba. Hubiera sido necesario para demolerla derribar los Douvres.

La ráfaga, en efecto, no conseguía mas que enviar á la panza, por encima del obstáculo, algunos esputos espumosos. Por aquel lado la tempestad, gracias al dique, abortaba en escupiduras.

Gilliatt volvió la espalda á esos imponentes esfuerzos. Sentía tranquilamente detrás de él aquella rabia inútil.

Los copos de espuma, volando en todas direcciones, parecían vedijas de lana. El agua copiosa é irritada inundaba las rocas, subía encima de ellas, entraba dentro, penetraba en la red de hendiduras interiores, y volvía á salir de las masas graníticas por estrechas grietas, especies de bocas inagotables que en medio de aquel diluvio formaban tranquilas fuentejillas.

En distintos puntos hebras de plata caían graciosamente desde los agujeros al mar.

Se estaba concluyendo la bovedilla de refuerzo de la barrera del Este.

Algunos nudos mas de cuerda y de cadena, y quedaria en disposicion de luchar á su vez.

Apareció de repente una gran claridad, cesó la lluvia, se diseminaron las nubes, el viento acababa de variar, se abrió en el cenit una especie de alta ventana crepuscular, y los relámpagos se extinguieron. Hubiérase dicho que habia llegado el fin. Y se estaba en el principio.

La variacion del viento era del Suroeste al Nordeste. La tempestad iba á romper de nuevo las hostilidades

con un nuevo ejército de huracanes. El Norte iba á dar el violento asalto. Los marinos llaman á esa segunda parte tan temida *la ráfaga de la gran prueba*. El viento del Sur trae mas agua, el del Norte mas electricidad.

Ahora la agresion, viniendo del Este, atacaba el punto débil. Gilliatt suspendió su trabajo, y observó.

Se colocó encima de una roca saliente y vertical detrás de la segunda bovedilla casi terminada.

Si el primer zarzo de quebranta-olas fuese llevado por el agua, hundiria el segundo, aun no consolidado, y bajo esta demolicion quedaria aplastado Gilliatt. Éste, en el punto que acababa de escoger, seria despedazado antes de ver sumergirse en el abismo la panza, la máquina y toda su obra. Tal era la eventualidad. Gilliatt la aceptaba, y aunque terrible, la queria. Quería morir, necesitaba morir en aquel naufragio de todas sus esperanzas; morir el primero, porque la máquina le causaba el efecto de una persona.

Levantó con la mano izquierda los cabellos que humedecidos por la lluvia le caían sobre los ojos, cogió con la mano derecha su pesado martillo, se inclinó hácia atrás, siendo su actitud amenazadora tambien, y esperó.

No esperó mucho tiempo. El resplandor de un rayo dió la señal, se cerró la pálida abertura del cenit, una bocanada de aire de chubasco sopló de pronto, se oscureció todo, y no hubo ya mas luz que la de los relámpagos. Empezaba el sombrío ataque. Una ola poderosa, visible á la luz de los relámpagos repetidos casi sin interrupcion, se levantó hácia el Este, mas allá del peñasco el Homme. Pa-